

Por la misma época en que predicaba Bourdaloue, otro orador, de su misma edad, encantaba con las flores de su elocuencia á las mundanas y á las preciosas á quienes el primero inspiraba terror. Era éste Fléchier (1632-1710).

Valentín-Espíritu Fléchier era natural de Pernes, cerca de Carpentras. Su familia, ennoblecida el siglo anterior por servicios prestados contra los herejes, no tardó en decaer, porque si hemos de dar crédito á una frase del mismo Fléchier, parece que su padre vendía velas: «Temo, Monseñor, respondió á un obispo que le faltaba, que con vuestro modo de pensar, si hubiérais nacido en mi condición, no hubiérais tenido otra ocupación que la de fabricar candelas.» Hizo sus primeros estudios en el colegio de los padres de la Doctrina Cristiana que dirigía en Tarascón su tío Hércules Audiffret; y á los quince años, terminados sus estudios, entró á su vez en la congregación. Profesor de humanidades en Draguignán, pasó á Narbona el 30 de agosto de 1648 y allí pronunció en 1659 la oración fúnebre del arzobispo, Claudio de Rebé. Sólo era conocido entonces en el círculo en que vivía, por la elegancia y lo refinado de su estilo y por su talento fácil para versificar en latín. Á la muerte de su tío, abandonó á los padres de la Doctrina para ir á París á donde le atraía su ambición. Fué recibido por Conrart, que llegó á ser uno de sus más celosos amigos y obtuvo para él la protección del duque de Montausier. Madama de Sévigné le abrió también sus salones. Admitido por último en el hotel de Rambouillet, escribió, en 1662, unos versos latinos á propósito de una fiesta hípica dada por Luis XIV para distraer á la señorita de la Vallière, lo cual le valió una pensión de tres mil libras.

Acompañó, en 1665, al señor de Caumartin que iba á presidir los grandes días de Auvernia, y escribió, con destino á la señorita de Caumartin, la relación del viaje en estilo elegante y lleno de encanto.

Por la misma época mantuvo con la señorita de la Vigne una correspondencia mundana que continuó más tarde con la señorita Deshoulières.

Por esta época estudiaba ya á fin de dedicarse á la cátedra sagrada y se ejercitaba en la predicación aunque sin gran éxito.

Nombrado lector del Delfín en 1668, desempeñó su cargo durante diecisiete años; en este período, escribió la *Historia de Teodosio*, desprovista de interés, y pronunció las primeras oraciones fúnebres que debían hacer de él uno de los maestros del género. Tales fueron las de *Madama de Montausier* (1672), de la *Duquesa d'Aiguillon* (1675), la de

Turena (1676), en la iglesia de San Eustaquio, la del *Primer Presidente Lamoignon* (1679), y de la *Reina María Teresa de Austria* (1683).

Había entrado en la Academia en 1673, en reemplazo de Godeau, el mismo día que Racine. Su discurso provocó tal entusiasmo que el de Racine pasó inadvertido y ni siquiera se insertó en los *Anales de la Academia*. «El autor de *Andrómaca*, dice un autor de la época, desesperaba de poder llegar á un éxito semejante.»

El discurso de Fléchier era excelente y él lo dijo muy bien. Empezó por hacer el elogio del Rey y de la Academia: — «si él conoce el arte de reinar, decía, vosotros conocéis el arte de escribir su reinado». Y continuaba en estos términos:

Todas las obras del ingenio pueden dar verdadera gloria. Participan de la naturaleza y de la excelencia de su origen y son casi tan vivas y tan inmortales como el espíritu mismo que las ha producido... pasando hasta la más remota posteridad constituyen á los héroes una especie de triunfo perpetuo en todos los climas y países.

Dotado con la abadía de Saint-Séverin y nombrado capellán ordinario de la Delfina, recibió en 1685, el obispado de Lavaur. «Os he hecho esperar algún tiempo un puesto que teníais muy merecido, le dijo Luis XIV; pero no quería privarme tan pronto del placer de oiros.» Aun no había recibido las bulas pontificias, cuando fué promovido al obispado de Nîmes (1687); á consecuencia de ciertas contiendas reales con el papado, su consagración sólo tuvo lugar en 1692, en la iglesia del Val-de-Grâce, en París.

Había ya pronunciado sus tres últimas oraciones fúnebres, la del *Canciller Le Tellier* (1686), la de la *Delfina* (1690) y la del *Duque de Montausier*, su Mecenaz (1690).

Después de la revocación del edicto de Nantes (1685), hallábase muy revuelta la diócesis de Nîmes. Fléchier se condujo en su nuevo cargo con bastante circunspección política para conquistarse reputación de moderado. Colocado entre el verdugo Montrevel y el déspota Baviillepareció dulce y logró contener el celo de los fanáticos. *¡ Ahí está el obispo Fléchier!* decían, y la persecución perdía su carácter, brutal.

El hambre hacía estragos en Nîmes y él supo con su conducta conquistar el aprecio, y mereció que tratasen de poner límites á su caridad. «Tal vez tenéis razón, respondió; pero para algo soy obispo.» Se consagró con actividad perseverante á la administración de su diócesis esforzándose por restablecer la disciplina, las buenas costumbres y el estudio entre los miembros de su clero, al que reunía todos los años en el palacio episcopal. Cultivaba la literatura dando vigoroso impulso á la

Academia provincial de Nîmes, donde, rodeado de amigos, se complacía en discutir cuestiones literarias.¹

Después de la muerte de un amigo querido, tuvo por esta época un sueño que apresuró su fin. Parecióle que dicho amigo, el abate Ménard, le llamaba desde la otra orilla de un río.

Asistió, en 1710, á los estados del Languedoc; el día de la clausura, 6 de febrero, se vió acometido de fiebre al llegar á Nîmes. Sangraronle, pero no quiso tomar ninguna medicina y, después de una agonía de tres días, expiró el 16 de febrero de 1710 á la edad de sesenta y ocho años.

Fléchier nos ha dejado un retrato suyo que es una de sus mejores páginas; aunque con cierta tendencia á la indulgencia, no deja de ser verdadero; reconoce tener una memoria «no muy feliz pero no infiel»; pasa revista á las cualidades amables que constituyeron el fondo ó por lo menos la tendencia de su carácter:

Su cara no tiene nada de agradable ni de simpática, pero tampoco hay en ella nada chocante; su fisonomía no impone... pero puede notarse en sus ojos y en su semblante cierto no sé qué que revela su ingenio y su probidad; su ingenio no se manifiesta de un golpe, sino que se va desplegando poco á poco... Sabe servirse de él; deja á cada uno su opinión y se hace la justicia que los demás le niegan... Cuando le ensalzan, siente embarazo su pudor; pero si tratan de rebajarle, su altivez le pone por encima de todos... tiene una inteligencia neta y clara capaz de llevar á cabo todo lo que emprende. Hace versos bastante buenos, y no escribe mal en prosa; á los sabios les satisface su latín, *la corte ha alabado su cortesía, y las más ingeniosas damas han hallado sus cartas llenas de ingenio y de delicadeza...* Por lo que hace á su estilo y á sus obras, échanse de ver en ellos nitidez, dulzura y elegancia. Es hombre de recto sentido y aficionado al orden en los discursos y en todo... Los más altos honores del mundo le parecerían demasiado caros si le hubiesen costado alguna baja... Á los grandes que se prevalen de su grandeza, los respeta desde lejos... Ha creído siempre que el mérito podía pasar sin la fortuna. Se ha contentado con el primero y no ha sentido nunca inquietud por la segunda...

Es éste un delicioso retrato de un *precioso* hecho por sí mismo. Este género literario se hallaba por entonces muy de moda en los salones y Fléchier era asiduo frequentador de los mismos. Es más, sobresalía en dicho género. Ha trazado en estas líneas el retrato de un hombre prudente y amable, de una especie de epicúreo delicado.

Su talento fué muy mundano. Su correspondencia con la señorita de la Vigne es frívola, profana y con ribetes de galantería. Recuerda que el autor era asiduo concurrente al hotel de Rambouillet.

1. Los españoles tenemos motivos de especial agradecimiento á Fléchier, pues durante su permanencia en Nîmes escribió la historia de nuestro insigne Cardenal Cisneros, traducida en 1696 en castellano por Don Miguel Franco de Villalva, y reimpressa en 1773. (N. del T.)

Os escribo en vuestro gabinete y tal vez con vuestra pluma; ¡cuán lindas cosas saldrían de ella, si la dirigiese vuestra mano! pero ya veréis que la mía no sabrá sacar de ella más que un simple acto de agradecimiento por todos los obsequios que acabo de recibir en vuestra casa.

Éste es el tono general, lindo, *precioso* y lleno de ingenio. En cuanto á sensibilidad, casi no se ven huellas. Fléchier tiene el corazón bastante seco:

Jamás aconsejaré á un hombre que se case, ni tampoco que adquiera un amigo. Ambas cosas son igualmente comprometidas é imponen igual obligación de compartir las penas, las desgracias y las aflicciones en ambos casos. Bastantes penas tiene uno para ir á buscar otras nuevas.

El epicúreo se parece bastante á un egoísta, pero tiene gracia, languidez, dulzura, encanto y agrada de un modo infinito.

Verdad es que cambia el tono en las cartas sobre asuntos protestantes:

Los hugonotes, escribe, tuvieron la osadía de celebrar una reunión á la puerta de la ciudad y, mientras nosotros cantábamos vísperas, ellos cantaron sus salmos y predicaron. El señor Mariscal... hizo pasar á cuchillo á todos los que asistían á dicha reunión y reducir á cenizas la casa. *Era necesario semejante ejemplo para contener el orgullo de este pueblo.*

Las *Memorias acerca de los Grandes Días de Auvernia* no tiene nada de la historia propiamente dicha; al leer este relato ingenioso, ligero y lleno de vivacidad, nadie se figuraría que, mientras lo escribió (1665-1666), el Tribunal de los Grandes Días sometía á muchos acusados al tormento y hacía ejecutar á los condenados. Pero esto no podía interesar á Fléchier. Lo que él observa es la vida provinciana y los sitios por donde pasa; escribe sus impresiones con delicadeza, bosquejando deliciosos retratos y refiriendo anécdotas picantes y con frecuencia libres; traza cuadros de costumbres pintorescas y paisajes llenos de verdad y frescura.

Empieza el relato con los debates, referidos en estilo humorístico, acerca de la preeminencia entre Riom y Clermont, «dos ciudades que distan entre sí dos leguas; pero la carretera que las une es tan hermosa, que puede pasar por una larga alameda de un paseo. Á ambos lados de ella hay setos de acebos, y á lo lejos se destacan las montañas de Forez y hermosos prados por donde serpentean infinidad de arroyuelos...»

Llegada á Clermont.

Todas las damas de la ciudad acudieron á ofrecer sus respetos á las nuestras... Era muy divertido el verlas entrar, unas con los brazos cruzados y otras con los brazos caídos como una muñeca; porque no conocen más que las maneras provincianas; toda su conversación es baladí...

Empiezan los Grandes Días; « sólo se habla de gente reducida á prisión »; Fléchier y sus patronos van á pasearse á Vichy, el más hermoso país del mundo, á donde se va á tomar aguas; los religiosos y religiosas, que llegan los primeros, se van los últimos »; se encuentra con Madama de Brion en la que busca « ingenio y virtud », y con un capuchino que va de « baño en baño », creyéndose « llamado por Dios para consolar á las damas enfermas que toman las aguas ».

Las sentencias y condenas figuran también en el relato. Entre los condenados figura el Señor Canillac, « más desgraciado que criminal ». El cuadro se ensombrece, pero no por largo tiempo. Los magistrados de los Grandes Días, graves é impasibles por la mañana, al dictar sus sentencias é imponer suplicios, se tornan por la noche, después de lavarse las manos, coquetones y galantes en los salones en que sólo piensan en agradar á las damas. Sólo hace una excepción en favor del señor de Caumartin; moderado y caritativo no tiene ningún lado flaco; en cuanto á los otros se burla de ellos con ingenio, especialmente del señor Nau, « de quien se servían como del coco para asustar á los niños, y que se había arreglado para comer muchas perdices y muy baratas. »

Todo el libro de Flechier está lleno de esta ironía insinuante que brilla en los incidentes del viaje y en la descripción de las costumbres locales y de los vanidosos personajes, retratados por toques sucesivos; su pluma delicada sabe aplicar todos los matices. En vano se buscaría, en aquellas memorias, una nota que revele al eclesiástico.

El género en que Flechier ha desplegado todo su talento y llegado dos ó tres veces á las alturas del genio, es la oración fúnebre, para la que estaba especialmente dotado. La gravedad de los asuntos se acomodaba perfectamente con la natural pesadez de su voz y de su acción; esto explica el éxito de su acción oratoria. El trato de la buena sociedad, el espíritu de observación, la nobleza de los pensamientos, la ternura y melancolía del sentimiento, el estilo académico y la variedad de la erudición, cualidades todas que se aliaban con la imaginación, la lógica, la vehemencia y el vigor, en amable armonía, sin desproporción y en el grado más conveniente, conquistaron á Flechier un puesto muy honroso al lado de Bossuet. Su palabra, hoy muerta para nosotros, provocaba murmullos de admiración, y á veces se veía « obligado á pararse para dar lugar á los aplausos ».

Es de notar que Flechier pronunció oraciones fúnebres con igual talento y elocuencia para ilustres personajes y para personalidades menos importantes. Anuncia su plan y sus divisiones; sus antítesis no rompen la espesa trama de sus desarrollos, ni el encadenamiento de los periodos. Pero fastidia algo tanta simetría, así como la poca variedad del estilo y lo restringido del vocabulario. Repítense las ideas, las

palabras y las figuras. Nótase en sus oraciones cierta tiesura oficial, debida á que retrocede ante el detalle pintoresco, ante la verdad del colorido y ante ciertos rasgos y palabras que hubieran dado alguna flexibilidad á la pompa teatral y á la tiesura de su estilo.

En la *Oración fúnebre del duque de Montesquieu*, exclama:

¿ Osaría yo emplear la mentira en el elogio de un hombre que fué la verdad personificada? Esa tumba se abriría para decirme: ¿ Por qué mientes por mí, cuando yo no menté jamás por nadie? »

Seguramente este rasgo no carece ni de emoción ni de grandeza.

La más perfecta de sus oraciones fué la de *Turena*. Es su « gran obra maestra ». Madama de Sevigné, que había leído una oración de Mascarón, escribía: « Creo que no he visto nada tan hermoso como este trozo de elocuencia. Dicese que el abate Flechier pretende sobrepasarla, pero le desafío á que lo haga. « Tres meses después, leída la oración de Flechier, corrige su frase: « Pido mil y mil perdones al señor de Tulle, pero me parece que ésta es superior á la suya. Su belleza guarda más igualdad. »

Hay que agregar, para formar idea del éxito de Flechier, que « su acción algo triste y su voz algo débil y lánguida ponía al auditorio en la más conveniente disposición para afligirse en su compañía; sentíase el alma lentamente penetrada por la sencilla expresión del sentimiento, y el oído por la noble cadencia de los periodos ». Por eso, cuando después de estas palabras: « No esperéis, señores, que represente á ese grande hombre tendido sobre sus propios trofeos; que descubra ese cuerpo pálido y ensangrentado, que haga gritar su sangre como la de Abel y que exponga á vuestra vista las tristes imágenes de la patria doliente », exclama Flechier, no con la voz viva, sino con tono lúgubre y conmovido: « Turena muere, todo se confunde », el auditorio prorrumpe en sollozos. « Parecía, dice el biógrafo Ducreux, que el rayo que había derribado á Turena, había caído en medio del templo. »

Tal es Fléchier, espíritu brillante, hombre de buen gusto, que detestaba la exageración en todo; que no poseía las elevadas bellezas de un Bossuet, pero que, por la elegancia de su forma y de su estilo, mereció los sobrenombres que le dieron de « Isócrates francés » y de « Ático del episcopado ».

Esto nos lleva como por la mano á estudiar á otro precioso, otro Ático, su contemporáneo Fenelón.

Pero antes de llegar á él, debemos nombrar á otro predicador de la misma generación, Mascarón, orador vigoroso, al que los jesuitas oponían el melifluido P. Cheminai (1625-1689) que, por otra parte, tenía mucho más éxito en la enseñanza y en la dirección de las almas.

Hijo de un abogado de gran talento, Julio de Mascarón nació en Marsella (1634-1703) y entró muy joven en la congregación del Oratorio; llegó á ser profesor de retórica en el colegio del Mans, predicó con éxito en San Pedro de Saumur, y fué nombrado examinador por el obispo del Mans que quería agregarle á su diócesis. Presentado en Versalles después de la oración fúnebre que pronunció á la muerte de la reina madre Ana de Austria, fué encargado por Luis XIV de predicar la Cuaresma de 1669. Recibió el rey con esto una severa lección. Mascarón, comparándose con el profeta Natán, anunció á David el castigo de su adulterio.

Si el respeto que os tengo, — dijo al monarca desde lo alto de la cátedra, — no me permite decir la verdad sino velada, es preciso que vuestra penetración supere á mi atrevimiento y que entendáis más de lo que digo, pues aunque no hablo con más claridad, no dejo de deciros lo que vos no querríais oír. Si á pesar de todas estas precauciones y rodeos no os agrada la verdad, debéis temer que os sea arrebatada y que Jesucristo venga el desprecio hecho á su palabra.

Luis XIV tuvo el buen acuerdo de no incomodarse con su censor y le nombró obispo de Tulle. Mascarón, una vez obispo, pronunció las *Oraciones fúnebres del duque de Beaufort*, de *Enriqueta de Inglaterra*, y la de *Turena* que constituye su gloria (1675). Promovido al obispado de Agén reapareció en la corte en 1683, 1684 y 1694 para predicar las temporadas de Adviento y Cuaresma. « Padre mío, le dijo Luis XIV, sólo vuestra elocuencia no envejece. » Murió tranquilamente en 1703, en su diócesis, en medio de sus ovejas.

Mascarón, « disertó como Cicerón », al decir de Loret que andaba en busca de rimas, á pesar de la elevada idea que se hacía del predicador, llamándole *voz de Dios*, es muy inferior á Bossuet. Á falta de gracia tiene vigor y sus imprecaciones son enérgicas.

Á las pecadoras no las trataba con muchos miramientos.

¿ Cuántas veces, señoras, venís á nuestros templos para ver y ser vistas, para disputar adoradores á Dios ?

Nótanse en sus sermones rasgos de mal gusto, comparaciones extrañas, hipérbolos exageradas y familiaridades que no sientan bien. Cita mucho á los antiguos, haciendo alarde de erudición. Sus desarrollos adolecen de descuido y compone con libertad singular. Sin embargo, posee el sentido de la elocuencia y el instinto de la grandeza. Vehe-

mente, apasionado y patético, no sabe evitar el énfasis y la hinchazón. Esta mezcla de cualidades y defectos le sirvió mucho en las oraciones fúnebres.

Carece de sensibilidad. Pega en lugar de curar y abusa de los lugares comunes. Orador popular y refinado á la vez, mezcla las negligencias con los artificios sutiles y con los giros ingeniosos; tiene grandeza y sencillez, y oscila siempre entre ambos extremos.

Su obra más inspirada fué el panegírico de Turena en el que hizo alarde de elegancia y de amplitud, de giros armoniosos, de arranques elocuentes y de hermosos apóstrofes :

Pueblos á quienes separa de nosotros el Rhin, unfos, salid de vuestros bosques y de vuestras nieves para venir á inundar el suave clima de Francia.

Mascarónó más que compararle, con Massillon y con Fléchier, de cuya habilidad carece, puede contraponerse á ellos. Recuerda á Bossuet cuya gloria hace palidecer la suya pero, para emplear una de sus imágenes familiares, no se siente arrastrado por el movimiento de este gran astro y, si su luz es más modesta, á lo menos es propia suya.

Muy distinto del nervioso Mascarón fué el pacífico Fenelón (1651-1715).

La familia de Fenelón era muy antigua y célebre, y estaba aliada con los Talleyrand, los La Trémoille, y los Montmorency. Beltrán de Salignac de La Mothe Fenelón fué embajador de Francia en Inglaterra de 1568 á 1575. Es célebre por la animosa respuesta á Carlos IX que le pedía que atenuase con la reina Isabel el crimen de la San Bartolomé :

— Dirigios, Sire, á los que os han aconsejado.

Asistió al suplicio de María Estuardo y escribió un relato del mismo que aún se conserva en los Archivos.

El autor del *Telémaco* nació en el castillo de Fenelón en el Périgord.

Á los doce años siguió los cursos de la Universidad de Cahors y después vino á París á terminar sus estudios en el colegio de Plessis. Á los quince años predicó su primer sermón. Habiendo entrado en San Sulpicio, recibió las órdenes en 1675 y se consagró á las misiones extranjeras. Soñaba con ir al Canadá y con visitar el Levante y sobre todo á Grecia, hacia la que se sentía atraído por su aticismo. Retúvole su familia é hizo que Monseñor de Harlay, director de las Nuevas Católicas para catequizar á las jóvenes protestantes recién convertidas. Para ellas escribió su encantador *Tratado de la Educación de las Jóvenes*. Poco después conoció á Bossuet que le encaminó hacia la polémica.

Bajo su influencia redactó la *Refutación del Tratado de la Naturaleza y de la Gracia* del Padre Malebranche á quien acusó de socinianismo. Pero, aun en medio de sus ataques, revelaba ya toda la dulzura cortés de su carácter.

La Revocación del Edicto de Nantes, las persecuciones contra los protestantes, acorralados en sus montañas, las dragonadas de Louvois, y la severa intransigencia de Madama de Maintenón le lanzaron á la lucha emprendida contra la libertad del pensamiento. Fué confiada una misión en el Poitou. Empezó por prescindir de la tropa que habían puesto á su servicio, esforzándose más en convertir y persuadir que en perseguir y castigar. Los triunfos que le procuró su moderación le pusieron de relieve y el duque de Beauvilliers le hizo nombrar para el cargo de preceptor del duque de Borgoña, en 1669.

Saint-Simón ha trazado de él un retrato expresivo, pintándole como un hombre alto, flaco, pálido, de larga nariz y de ojos de los que brotaban el fuego y el ingenio « como un torrente »; había que hacer un esfuerzo para dejar de mirarle. Más coquetón que todas las mujeres, aspiraba especialmente á cautivar y lo lograba hasta con sus inferiores. Era ambicioso y quería realizar su ambición; era al mismo tiempo gran señor, de modales altamente aristocráticos, con cierto fondo de hostilidad hacia el rey, según la vieja tradición de los grandes de antaño. Despreciaba al pueblo y soñaba con reformar la monarquía. Adivinase esta idea en sus *Fábulas*, en su relato de las *Aventuras de Aristonoo*, en sus *Diálogos de los Muertos*, en su *Telémaco* y en su *Carta al Rey*, que le llamaba, no sin razón, un espíritu quimérico. « Ingenio raro, añadía La Bruyère, que sabía apoderarse siempre del oído y del corazón. » Era un encantador y Madama de Maintenón no se libró de su influencia.

Cierta mujer soñadora y exaltada había preconizado una interpretación de las Escrituras que constituía una religión nueva, inspirada por san Francisco de Sales, y que venía á resolverse en un abandono absoluto en manos de Dios, en la supresión de las recompensas futuras y en un culto desinteresado sin esperanza ni sanción. Era esta mujer María Bouvier de la Motte, que fué más tarde Madama Guyón. Tenía una imaginación mística, contenida algún tiempo por su matrimonio con el señor Guyón, ingeniero del canal de Briare y el nacimiento de cinco hijos. La viudez volvió á reanimar su misticismo, entregándola á sus meditaciones y á sus lecturas que eran los libros de Madama de Chantal, de san Francisco de Sales y de Santa Teresa¹. Relacionada con los Bernabitas, y con el Padre Lacombe que se volvió loco, frecuentaba los

1. No fueron estas lecturas las que realmente la perturbaron sino la doctrina del español Miguel Molinos, fundador del quietismo, según ya hemos indicado (V. pág. 723, nota).

(N. del T.)

conventos y había reunido sus aspiraciones y sus visiones en su obra *Torrentes espirituales*, cuyo título revela la violencia é impetuosidad de su espíritu. Quería la supresión de todo intermediario entre el alma y Dios: ni conventos, ni iglesias, ni sacerdotes. Sometiase á ayunos que le procuraban éxtasis y tenía apariciones. Llegó á interesar á Madama de Mortemart, al Señor de Beauvilliers y al mismo Fenelón; pero inspiró horror á Bossuet, á Godet-Desmarets, á Bourdaloue y á la opinión pública en general, que la acusaba de desenfreno y de herejía. En realidad, era una exaltada, una iluminada á la que ahogaba el exceso de gracia y de espirituales efluvios. El indulgente Fenelón, á quien llamaba la atención la amistad que Madama de Maintenón le manifestaba y que no quería indisponerse con ésta, no ocultó sus simpatías en favor de su teoría, cosa que indignó á Bossuet hasta el punto de impulsarle á denunciar á su antiguo amigo, que fué condenado en la corte de Roma. Sometióse en una carta pastoral llena de humildad y regaló á su catedral una custodia de oro en la que aparece la Virgen hollando bajo sus plantas los libros de Lutero, de Calvino y las *Máximas de los Santos* de Fenelón.

El *Telémaco* había agriado el ánimo del rey y Fenelón fué desterrado á Cambrai, desde donde dirigió sus cartas á los duques de Chevreuse y de Beauvilliers. Á la muerte del Delfín, alumno de Bossuet, concibió aspiraciones políticas y pudo esperar que sucediera á Luis XIV su discípulo el duque de Borgoña. El joven murió antes que su abuelo y Fenelón se quedó solo y lleno de tristeza al ver arruinadas sus esperanzas. Había formado y educado de tal suerte á su discípulo que seguramente no hubiera pensado ni obrado sino por cuenta suya; por un momento soñó con el papel de futuro Richelieu.

La historia no ha tenido que lamentar este error del autor del *Telémaco*. He aquí, según Saint-Simón, lo que era el Delfín:

El señor duque de Borgoña nació terrible y en su primera juventud hacía temblar. Duro, colérico hasta el último límite en sus arrebatos contra las cosas inanimadas, impetuoso en su cólera, incapaz de sufrir la menor oposición, ni aun por parte del tiempo y de los elementos, tenía ataques que hacían temer que se desbaratase todo su cuerpo; yo he sido con frecuencia testigo de ellos; obstinado hasta el exceso, apasionado por todos los placeres, como la buena mesa, la caza que amaba con furor, la música á que se entregaba con transporte, y el juego en que no podía soportar ser vencido, siendo muy peligroso el jugar con él; entregado en fin á todas las pasiones y á todos los placeres, era naturalmente inclinado á la crueldad, bárbaro en sus bromas, y sumamente hábil para explotar las ridiculeces. Desde su gran altura consideraba á los hombres como átomos con los que ninguna semejanza tenía; apenas si los príncipes sus hermanos le parecían intermediarios entre él y el género humano, aunque los tres fueron siempre educados con perfecta igualdad.

Brillaban siempre en él, hasta en sus arrebatos, el ingenio y la penetración; sus ocurrencias admiraban; sus respuestas eran siempre exactas y profundas; aun en medio de sus arrebatos de ira jugaba con los conocimientos más abstractos; la extensión y vivacidad de su ingenio eran prodigiosas y le impedían aplicarse á una sola cosa á la vez.

... Lo asombroso es que en muy poco tiempo la devoción y la gracia le convirtieron en otro hombre y cambiaron tantos y tan terribles defectos en virtudes enteramente contrarias. De aquel abismo salió un príncipe dulce, humano, moderado, paciente, modesto, humilde y austero consigo mismo, enteramente consagrado á sus obligaciones cuya alteza comprendía; sólo pensó en adelante en aliar los deberes de hijo y de súbdito con aquellos á que se veía destinado.

Bajo Luis XIV, viejo ya y dominado por Madama de Maintenón, había tres camarillas que se disputaban la esperanza del trono: el partido del Delfín, el discípulo de Bossuet, en el que figuraban el príncipe de Conti y el duque de Antín, ambos soldados; el partido de Madama de Maintenón, con Monseñor el arzobispo de París, el conde de Noailles, el marqués de Boufflers y otros; por último, el partido del duque de Borgoña, el discípulo de Fenelón, con el duque de Beauvilliers, el duque de Chevreuse y Saint-Simón. Fenelón dirigía este último partido y le confiaba sus aspiraciones. En la cuestión del quietismo hubo tal vez, por parte de Fenelón, algo de oposición política contra el partido del Delfín y de Bossuet.

*Telémaco*¹ es la novela de un político. Su *Memoria acerca de la Guerra de Sucesión de España* parece escrita por un hombre de Estado. La muerte del Delfín en 1711 dió nuevo cuerpo á sus esperanzas, al designar á su alumno como heredero presunto. De acuerdo con el duque de Chevreuse redactó en Chaulnes un plan de gobierno.

Un año después, la muerte de su alumno, el duque de Borgoña, dió en tierra con todos estos brillantes ensueños. « Estoy horrorizado y enfermo de espanto », escribía en medio de la ruina de sus ambiciones. Al parecer fué para Francia pérdida no muy importante la de aquel príncipe de espíritu estrecho, agostado y timorato: seguramente hubiera desencadenado en el país persecuciones religiosas que es preferible se evitasen aun á costa de los escándalos del reinado de Luis XV.

Fenelón concentró su última esperanza en el duque de Orleáns, el futuro Regente, aunque se le acusaba de haber envenenado al duque de Borgoña. Trató de acercarse á él y de defenderle para hacerle la corte. Era un ambicioso lleno de resolución que apoyaba su báculo pastoral en el cetro para estar más cerca.

Si hubiera llegado á ministro, hubiera sido terrible, intolerante y se hubiera encarnizado contra los partidos protestantes ó jansenistas. En

1. Existen muchas versiones de este famoso libro. Una de las más modernas es la hecha en París por el autor de esta traducción. (N. del T.)

la vida privada era, por el contrario, un hombre afable y bueno que la leyenda representa en la actitud de un prelado que devuelve á unos campesinos la vaca que se les había extraviado.

Muy aristocrático y distinguido, no pudo librarse del preciosismo contra el que había predicado. Recuerda á Fléchier. En su *Carta á la Academia* hace alarde de sus conocimientos y de su memoria, como quien quiere brillar. En sus cartas busca siempre el rasgo y la frase feliz que hacen sonreír y producen efecto. Se preocupa por decir su pensamiento.

Sumamente personal, justificaba lo que de él dijo Bossuet, es decir que abundaba siempre en su parecer individual y no seguía nunca más opinión que la suya propia. Sus *Diálogos sobre la Elocuencia* contienen ideas nuevas y sorprendentes, que distan mucho del uso y de la rutina. Se muestra aficionado á la novedad, y el amor divino desinteresado, tal como lo enseñaba Madama Guyón, le sedujo por su aspecto de nobleza, de grandeza aristocrática y de distinción, tan distinto de la piedad de las buenas devotas.

Identificó, como debían hacerlo más tarde Robespierre y Saint-Just, la moral con la política y en esto consistió su quimera, que le valió la enemistad de Bossuet.

Había entre ambos una rivalidad innata y de raza, un antagonismo entre el plebeyo y el gran señor. Este último era el descendiente de los Salignac Fenelón. Pertenecía al gran mundo, como puede verse por los sobrescritos de sus cartas, dirigidas al todo Versalles. Posee el orgullo aristocrático. En su plan de la ciudad ideal de Salento, en el *Telémaco*, quiere que las castas se distingan perfectamente hasta en el traje. En las *Tablas de Chaulnes*, en que preparaba su gobierno bajo el esperado reinado de su discípulo, exige que cada ciudad tenga su nobiliario y que se prohiban los matrimonios deslayados, así como también los ennoblecimientos. Quiere una nobleza *ne varietur* de la que no sea posible salir, ni tampoco se permita entrar en ella. Favoreció el movimiento secreto y la rebelión de los nobles descontentos de Luis XIV, que se rodeaba de plebeyos, como un Louvois, un Colbert, ó un Chamillard.

Murió en la noche del 6 de enero de 1715, conservando todo su conocimiento. Algunos momentos antes de expirar, dictaba aún una carta relativa á la creación de un seminario en Cambrai.

Una tragedia de José María Chénier, *Fenelón ó las Religiosas de Cambrai*, en que Fenelón devuelve á una joven un novio que su padre rechazaba; un monumento de David d'Angers en la catedral de Cambrai, con un pedestal que representa en bajo relieve á Fenelón y al duque de Borgoña, á Fenelón y la vaca extraviada, y á Fenelón cuidando á los heridos de Malplaquet; su estatua en Périgueux por Lanno; su busto en el Louvre por Coysevox; su retrato por J. Vivien (Museo de